

Santa María, Virgen Inmaculada de la Medalla Milagrosa

Sor Alicia Margarita Cortés, H.C..

Hoy se recuerda la aparición de la santísima Virgen a santa Catalina Labouré el 27 de noviembre de 1830, en París, en la capilla de la Casa Madre de las Hijas de la Caridad. Esta aparición dio origen a la Medalla Milagrosa, y de ella tomó también su nombre la fiesta de la Inmaculada de la Sagrada Medalla, instituida por León XIII el 23 de julio de 1894.

Memoria de una visita

El encuentro entre la Virgen María y Sor Catalina tiene, según lo relató la misma Hermana, tres momentos, que comúnmente manejamos en dos.

El primero se desarrolla la noche del 18 al 19 de julio de 1830, y aunque, según expresión de la misma Hermana, sería imposible describir lo que experimentó con precisión, conocemos algunos detalles de esa singular conversación. Detengámonos en un fragmento del relato que escribió sor Catalina, ella escucha que la Virgen María le dice:

“Hija mía, Dios quiere encargarte una misión. Tendrás muchas dificultades; pero las superarás todas pensando que lo haces por la gloria de Dios”

También encontramos en los relatos de Santa Catalina el anuncio de hechos dolorosos que sucederán en Francia y en la Iglesia; otros son sobre la presencia y protección de la Virgen María y de san Vicente sobre la Congregación de la Misión y sobre las Hijas de la Caridad.

En este primer encuentro, se nos describe a la Virgen en una posición muy familiar, ya que se encontraba sentada mientras sor Catalina le escuchaba hincada, apoyando sus brazos con filial confianza en el regazo de la Virgen Santísima. Después de aproximadamente dos horas de conversación, la Virgen María se despide de Sor Catalina, asegurándole que en su oración recibirá la inspiración del cielo. Eran las dos de la mañana – dice la vidente- cuando regresó a su cama, y señala que no pudo volver a dormirse aquella noche.

Es el segundo/tercer momento el que da origen a la fiesta que nos ocupa. Fue durante las primeras vísperas del primer Domingo de Adviento de 1830, un 27 de noviembre. Sor Catalina estaba en la capilla haciendo la oración con la

comunidad, y refiere que fue allí cuando vio de nuevo a la Virgen, aunque de manera diferente a la primera vez, porque no hubo diálogo directo sino que estaba rodeada por un conjunto armónico de elementos, ricos en simbolismo y significado:

La Virgen María estaba de pie sobre media esfera que representaba el globo terrestre. Debajo de los pies, una serpiente verde con pintas amarillas.

Sostiene en sus manos una esfera coronada por una cruz, en una actitud de oración y ofrenda (esta imagen no está expresada en la Medalla).

De sus manos se desprenden rayos de luz. Está vestida de blanco con un manto azul plateado y un velo blanco aurora.

Una corona de doce estrellas sobre su cabeza. La invocación *¡Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti!*, grabada en letras doradas. Una cruz sobre la letra M y dos corazones.

El diseño de la medalla tal como la conocemos, se debió a la composición realizada por el P. Aladel y el señor Vachette -orfebre-, basándose en la descripción hecha por sor Catalina, el modelo de Bouchardon y la sugerencia de Monseñor de Quelén, Arzobispo de París, para que la Virgen fuera representada de acuerdo a la imagen tradicional de la Inmaculada, con los brazos extendidos. Como se ha dicho, la Medalla es *“Una traducción plástica popular de una aparición inefable”*.

Un nombre para la Medalla

El P. Aladel dispuso con la ayuda de Dios todo cuanto fue necesario para que el deseo de la Virgen fuera posible: pedir a la Hermana una descripción de las características de la medalla, conseguir un dibujante que las interpretara, buscar al orfebre, exponer el proyecto de acuñación y distribución de la misma; e incluso más tarde -en 1834-, editar un libro, el primero, sobre esta revelación particular.

Si consideramos el sentido que tiene para los antiguos dar nombre, comprenderemos por qué a la Medalla alusiva a las revelaciones marianas de la calle Bac la llamaron “Milagrosa”. Este título más que predicción es testimonio, porque antes de que publicaran la primera “*Noticia*” de las apariciones, la medalla fue calificada comúnmente como “*Milagrosa*”.

Celebrar es hacer memoria de los dones y los beneficios recibidos de Dios; la Medalla Milagrosa se convirtió desde 1832, en un regalo de Dios para la

humanidad creyente en su acción y presencia, viva y vivificadora en el camino de la Historia y de sus historias.

Testimonio de ello son las innumerables cartas enviadas por sacerdotes, obispos, laicos refiriendo hechos milagrosos: curaciones y conversiones principalmente.

La Virgen María visitó a sor Catalina Labouré, pero no quedó solamente en eso. Esta visita continúa, se prolonga en el tiempo y en el espacio porque Ella -María-, sigue acercándose a los hombres y las mujeres que al recibir su medalla, reciben también su mensaje, su invitación y, como santa Catalina, una misión muy particular. Pero de eso se hablará más adelante.

La vida diaria está llena de encuentros con personas y acontecimientos; cómo llegamos y cómo salimos de cada uno de ellos va dejando huella más o menos profunda en nuestra existencia.

La Medalla significó desde su aparición, un despertar para el pueblo, ya que permitió reconocer que la tradición religiosa de la gente sencilla era capaz de resistir los embates de la reciente Revolución, que exaltaba la primacía de la razón.

La Medalla Milagrosa ha sido distribuida por millones en casi dos siglos, es muy conocida entre el pueblo de Dios, por su forma y su contenido. *“La Medalla es una Biblia de los pobres, un icono, el signo de una presencia amiga y poderosa: la de María en la comunión de los santos”*. Introduzcámonos y acerquémonos al lenguaje fundamental de nuestra querida Medalla, el lenguaje de los símbolos.

Nuestro encuentro con los signos

Sabemos por experiencia que un símbolo sirve para manifestar una realidad más profunda, más rica en contenido y significado que el objeto simbólico mismo. También es cierto que dicha realidad está sujeta a las más variadas interpretaciones, que dependen a su vez del conocimiento, perspectivas, puntos de referencia, etc.; estas maneras de ver e interpretar los símbolos podemos llamarlas claves de lectura.

Como claves de lectura para comprender los distintos símbolos presentes en la Medalla Milagrosa, utilizaremos en este apartado los pasajes bíblicos que nos sugiere directamente la Medalla.

Anverso

La imagen de María pisando una serpiente, nos remite de una forma directa al pasaje bíblico del libro del Génesis (3,15), que anuncia la enemistad entre la mujer y la serpiente, así como la victoria del linaje de la mujer sobre el de la serpiente. Con esto, María nos anuncia que todo esfuerzo por vivir de acuerdo con nuestra imagen y semejanza con Dios tiene sentido, aunque en ocasiones el mal hiera nuestro talón y parezca ser más fuerte; tenemos la certeza de que no será así. Ella es la primera y mejor de cuantos seguimos a Jesucristo.

El ver en la Medalla a María vestida de blanco aurora, con haces de luz desprendiéndose de sus manos, nos sugiere y recuerda el pasaje del Apocalipsis: “*una mujer vestida de sol en su cabeza una corona de doce estrellas*” (12,1) Sor Catalina describirá que en las manos de la Virgen había una especie de anillos, de los que salían rayos de luz; cuyos destellos, diversos en forma y tamaño, correspondían a las gracias concedidas por María a quienes se las piden con fervor y confianza.

Reverso

Dos corazones, uno coronado de espinas y el otro traspasado por una espada, de ambos se desprende una llama de fuego en la parte superior. Este símbolo hace alusión a la profecía de Simeón (Lc 2,35) y a la coronación de espinas de Jesús (Mc 15,17). Encontrar los corazones de Jesús y María unidos, es otro signo más que relaciona el mensaje de unión que hay entre ellos por la identificación en el amor, el dolor y el seguimiento de María como discípula del Señor.

Mientras en el anverso, con la Virgen se nos revela la dimensión luminosa de la humanidad, el reverso nos ayuda a tener presente que la realidad del sufrimiento es un lugar donde también Dios nos manifiesta su amor, su presencia y su acción salvífica; de eso María es testigo, anuncio y profecía.

La combinación de la Cruz sobre la letra M nos lleva indirectamente a reconocer en ellas la misión de María, como Madre de la humanidad. Desde la Cruz Jesús confía el cuidado de María al discípulo amado y a su vez señala a María que ese discípulo será su hijo (Jn 19,27). En este pasaje evangélico, la Iglesia ve expresada la voluntad de Jesús para que María sea por siempre la Madre del discípulo.

Otros pasajes

Las doce estrellas, que originalmente sor Catalina describió como rodeando la cabeza de la Virgen, son trasladadas al reverso, en torno a la letra M y los dos corazones. Bíblicamente el número doce alude a las doce tribus de Israel, a los doce Apóstoles, este dato de interpretación nos ayuda a considerar que María es miembro de la Iglesia e incluso prototipo de ella. En el libro de los Hechos de los Apóstoles destaca su presencia en medio de la comunidad de los discípulos haciendo oración antes de Pentecostés.

La letra M naciendo de la Cruz nos sugiere recordar que María es la Madre de Jesús (Mt 1,16; Lc 2,6-7), Madre de Dios, Madre nuestra. Fue a través de ella como quiso Dios llegar a toda la humanidad, entrar en la historia humana para mostrarnos cómo ser hijos en el Hijo.

Considerando que la letra M está al pie de la Cruz, podremos acercarnos al misterio de dolor de Cristo y de María. Este signo tan austero, es suficiente para ayudarnos a comprender hasta dónde necesita llegar nuestra participación de la obra redentora de Dios manifestada en Jesucristo.

La jaculatoria sobre la Concepción Inmaculada de María podemos relacionarla con el saludo de Gabriel: “Alégrate María llena de gracia” (Lc 1,27); a la vez nos invita a compartir desde la propia limitación, pero confiados en la misericordia de Dios, esa amistad libre de todo obstáculo e impedimento.

La reflexión bíblica inspirada por la Medalla es por gracia de Dios abundante. Un autor ha escrito este texto casi exhaustivo:

“En la medalla milagrosa se condensan de igual modo los fundamentos bíblicos de la mariología y los pasajes marianos del Evangelio. Desde el Génesis al Apocalipsis desfila el entramado de la historia de la salvación, donde un corazón humano, traspasado por una espada ardiente y dolorosa, se mantiene unido a un corazón divino punzado de espinas y henchido de llamas.

La Medalla Milagrosa es la medalla de la Anunciación (Lc, 1, 28-38), de la Visitación (Lc 1,39-45), del Magnificat (Lc 1,46-56), de la maternidad virginal de María (Mt 1,18-25), de la espada de Simeón (Lc 2, 33-35), de María meditando en su corazón el misterio de su Hijo (Lc 2,19-51); de la “hora” de Caná (Jn 2,1-12), de María oyente y cumplidora de la Palabra de Dios (Lc 8,21; 11, 28; Mt 12,50); de la hora del Calvario (Jn 19,25), de la maternidad espiritual de María (Jn 19,26-27), de María-Iglesia en el Calvario y en Pentecostés (Lc 23,49; Hch 1,14), de María asunta y reina (Ap

12). Se cumple así; en la medalla milagrosa, la orientación bíblica que la exhortación apostólica “Marialis Cultus” requiere del culto a la Virgen María “.

Ciertamente la Medalla Milagrosa inspira, propicia, remite a otros pasajes bíblicos significativos; con ello expresa que no es posible contener o limitar la riqueza de tan bello regalo; pues en la medida que avanza nuestra vivencia de la fe y el amor a Jesucristo en la Iglesia, Pueblo de Dios, se encuentran, identifican e iluminan nuevas realidades reflejadas en la pequeña Medalla.

Entre los elementos que ayudan a profundizar el mensaje de la medalla milagrosa, están sin duda las condiciones personales de vida: edad, sexo, vocación profesional, estado de vida, apostolado, circunstancia diversas...

Para los miembros de la Familia Vicentina, el carisma de servir y evangelizar a los pobres, animados por la fuerza de la humildad, la sencillez y la caridad de Jesucristo, es sin duda la mejor clave de lectura para profundizar el mensaje de Dios plasmado en la medalla. Desde ahí podremos conocer, amar y aprender de María a ser discípulos, seguidores y anunciadores de su Hijo, servidores de sus miembros sufrientes.

La Medalla Milagrosa, rostro mariano para la familia vicenciana.

La medalla milagrosa ha sido desde su primera emisión un valioso instrumento en la tarea evangelizadora y misionera de la Iglesia. Prueba de ello es la incalculable cantidad de medallas distribuidas en parroquias, misiones populares, hospitales, escuelas y campos de desastre.

Para la Familia Vicenciana es una herencia invaluable, porque no solamente aprendemos a quererla, sino hacer de ella mucho más que una mera superstición. Desde nuestra experiencia más o menos cercana con los pobres y su realidad, es posible constatar que para ellos sobrevivir es primordial; su extrema necesidad les hace desear señales de Dios que les confirmen que son amados por El. “En esa situación, María aparece como la portadora de la presencia misericordiosa de Dios. Ella los acompaña en sus luchas y los ayuda a superar el mal. Ella es la madre cariñosa que entiende sus dolores y se preocupa por ellos”.

Los miembros de la Familia Vicenciana tenemos el deber de hacer constantemente una lectura de la Medalla Milagrosa desde la realidad del pobre, porque de esta manera seremos fieles al Evangelio, al legado de María recibido por santa Catalina y al carisma que compartimos.

La Medalla Milagrosa es señal de la presencia de Dios con los pobres, los que no importan ni tienen lugar en la sociedad y muchas veces en nuestros templos. También debe ser una señal, una expresión del compromiso y el agradecimiento del pueblo con Dios que le acompaña.

Desde los símbolos de la Medalla, con los pasajes bíblicos que refleja directa o indirectamente, y la vocación vicentina, detengámonos en tres momentos marianos que el Evangelio nos presenta, con la intención de que nos animen en el camino al que Dios nos ha llamado. Así, al ver la medalla e invocar la presencia de María Inmaculada, los recordaremos.

1. Esclava del Señor (Anunciación)

María de Nazareth era una “pobre de Yahveh”, alguien que esperaba y confiaba en Dios y no en sí misma, alguien que era pobre en bienes y pobre por ser mujer. Ella es la virgen, la que Dios puede hacer florecer gratuitamente, ella se llamará a sí misma “esclava” del Señor (Lc 1,38.47). Ese nombre de esclava -chocante para nuestros oídos libertarios- expresa dos situaciones a la vez, una sociológica reconociéndose perteneciente a los empobrecidos de la tierra; y la otra es la condición de alguien liberada por el amor, pues Dios “quiso mirar la humilde condición de su esclava” que es capaz de hacer el acto supremo de libertad: entregarla, como esclava en manos de quien la puede hacer todavía más libre y liberada.

María de Nazareth pone su libertad al servicio de los planes libertadores de Dios que “derrumba del trono a los poderosos y exalta a los humildes”, del Dios que desde siempre optó por los pobres. Es de este proyecto del que María se hace esclava, totalmente entregada al Dios del Reino. María se alegra, se llena de júbilo porque su experiencia de sentirse y saberse querida, mirada con benevolencia, es expresión y profecía de la actitud de Dios para todos los pobres como ella (Lc 1,49-53) Desde esta realidad de María podrá también entenderse la historia de salvación que Dios “prometió a Abraham y a su descendencia por siempre”.

2- María modelo para los servidores de los pobres (Visitación)

Cuando en el evangelio según san Lucas, encontramos el relato de la visita que María hace a su prima Isabel, encontramos también expresado el compromiso de María con una persona concreta que necesita de sus cuidados. Recién se había comprometido con Dios en sus planes de hacerse carne en su seno, y sale después “presurosa” a servir a otra pobre del Señor; arriesgándose a emprender un viaje largo y difícil. San Vicente en una de sus conferencias a las Hijas de la Caridad, propondrá desde este pasaje evangélico, las actitudes de María como evangelizadora y sierva de los pobres.

3. Mujer pobre que reconoce las necesidades de los pobres (Caná)

En la boda de Caná (Jn 2,1-11), María es la mujer pobre que descubre las necesidades de los pobres. María mira más allá de sí misma, está atenta y volcada sobre los demás, sobre aquello que necesitan; no solamente lo descubre, sino que se esfuerza por remediarlo presentándoselo a Jesús. No se conforma con darse cuenta, lamentarse o justificarse pensando que no es su problema. Busca soluciones. Involucra a los sirvientes cuando les pide que “hagan lo que él les diga”. Se compromete con los necesitados.

Los textos anteriores dejan ver claramente, que María lleva a Jesucristo a los pobres mediante su compromiso, sus servicios y su anuncio liberador. Nos enseña de alguna forma tres lecciones fundamentales: la El mayor servicio a los pobres consiste en llevarles a Jesucristo. 2^a El servicio de evangelización a los pobres ha de estar encarnado en servicios concretos de ayuda, promoción y liberación. 3^a Evangelización y servicio han de estar envueltos en un canto de gratitud.

María fue en su vida histórica portadora de Jesucristo para los pobres, por este motivo nosotros estamos obligados a hacer que los pobres consigan su mayor bien, Aquél que les pertenece antes que a nadie. San Vicente decía a sus misioneros algo que podemos compartir plenamente: *“anunciarles a Jesucristo, decirles que está cerca el Reino y que el Reino es para los pobres... evangelizar a los pobres es un oficio tan alto que es, por excelencia, el oficio del Hijo de Dios”* (XI, 387). Ese fue también el oficio de la primera cristiana, la Virgen María. A nosotros toca seguir esas huellas en comunión con San Vicente.